conocían entre nosotros los anestésicos, era un espectáculo de que no se puede tener idea cabal sin haberlo visto. ¡Cuánta miseria y cuánto sufrimiento! Para colmo de males, la epidemia de cólera vino pronto a triplicar nuestra tarea ya tan pesada.

La misión del médico en el campo de batalla no le permite ver mucho de lo que en ella sucede. Así es que de la de Rivas poco es lo que puedo contar, como no sean sus resultados sangrientos; pero como esto no ha de agradar a los lectores, me limitaré a decir que hubo soldado que recibió hasta siete balazos.

En cuanto a la acción heroica de Juan Santamaría, que según parece se ha querido poner en duda, la tengo por absolutamente cierta, aunque no la presencié ni podía presenciarla desde el punto en que me hallaba; pero el hecho fué público y notorio y desde el día siguiente al del 11 de abril, oí hablar del soldado de Alajuela que había incendiado el Mesón. Por las señas que me dieron de Juan Santamaría, creo haberlo conocido en la travesía de Puntarenas al Bebedero, que hice con tropas de Alajuela mandadas por D. Juan Alfaro Ruiz. Tengo idea de que era un mulatito muy jovial, a quien embromaban mucho sus compañeros y al cual curé en Bagaces de una ligera enfermedad.

ANDRÉS SÁENZ
(1908)

APUNTAMIENTOS de don Iacinto García relativos a la campaña contra los filibusteros de Nicaragua [1]

San José, Abril 3 1884.

Señor don Miguel Guardia
P.

Señor de mi mayor consideración y aprecio:

Tan sólo por obsequiar sus deseos, que se sirvió manifestarme a mediados del próximo pasado Enero, de obtener algunos datos relativos a las campañas de 1856 y 1857 contra el filibusterismo en Centro América, tengo el singular gusto de adjuntarle copia de algunos apuntamientos relativos a la primera; apuntamientos que yo, más por vía de entretenimiento hacía, tanto de hechos que en mi calidad de ayudante de la Primera División presenciaba desde la salida del Ejército hasta su regreso a esta capital, cuanto de otros que a mi noticia llegaban, *acaso exagerados o diminutos;* agregando que también llevé o manejé como Secretario o Escribiente, toda la correspondencia en aquella jornada, relacionada con la División dicha.

Mas, séame permitido manifestar con franqueza, que mi falta de inteligencia e inexperiencia en aquel tiempo de mi juventud, no me permitieron ni presumir que tales apuntamientos pudiesen un día llegar a ser útiles y necesarios; por cuya imprevisión no los hice con la exactitud y el esmero que otro más experto los hubiese hecho; sólo sí puedo asegurarle, señor, que la mayor parte de

(1) De un folleto publicado por el profesor don J. Fidel Tristán en 1924.

ellos son verídicos, y que si otros *no lo fuesen en su totalidad,* por lo menos servirán de guía, para, con facilidad, llegar a obtener la verdad.

No he ocurrido para esto más que a mis propios apuntamientos originales que desde entonces conservo, y aún ya casi inteligibles por el trascurso de tantos años; y sólo sí he tratado de ponerlos en conocimiento de algunos de mis compañeros de aquella jornada, con el objeto de obtener su aprobación, o corrección, habiendo obtenido lo primero, de todo aquello de que ellos pudieron dar fe.

Yo espero, señor, que al poner esta copia en manos de Ud., y con las más sanas intenciones, no se me hará culpable por algunas inexactitudes que acaso haya, por las razones que atrás dejo expuestas. (Escribí o apunté por vía de entretenimiento sin pericia ni inteligencia).

Cuento además con que pronto podré poner en sus manos algunos documentos impresos en apoyo de mis apuntamientos, y mientras tanto permítame, señor, suscribirme de usted con la mayor consideración su affmo. S. S.

Q. B. S. M.
JACINTO GARCÍA

Señor:

Habiendo notado al leer estos apuntamientos algunas omisiones, y por falta de tiempo para escribirlos nuevamente, he puesto al final algunas notas mal coordinadas, las que se servirá ver y disimular su mala colocación.

También creo oportuno manifestarle: que considerando como consecuencia inmediata de estos apuntamientos (o hechos) el Combate Naval verificado entre el buque de guerra costarricense llamado *El Once de Abril* y el pailebot enemigo conocido antes con el nombre de *El Tres Amigos* y después con el de *El San José,* ocurrido en las aguas de San Juan del Sur, tendré el gusto de poner más tarde en sus manos todos los pormenores de este hecho, por conservar en mi poder apuntamientos también de ello.

Concluyo suplicándole se sirva disimular la manera como va escrito este cuaderno; todo por mi falta de tiempo.

Me repito su atto. S. S.,
GARCÍA

* * *

El 28 Febrero de 1856, el Batallón Guardia, al mando de don Clodomiro Escalante, marchó con dirección a Puntarenas, donde se estacionó, *acaso en calidad de descubierta.*

A las 4 ½ de la tarde del día 3 de Marzo del mismo año, reunido el grueso del Ejército expedicionario en la Plaza principal de esta Capital y formado en cuadro, el Ilmo. Sr. **Obispo Don Anselmo** Llorente y L., después de una ligera exhortación, le dirigió su bendición apostólica.

A las 4 de la mañana del siguiente día se puso en marcha este Ejército constante de dos Divisiones comandadas por los Coroneles Dn. Salvador Mora y don Lorenzo Salazar, llevando por segundos a los señores don Máximo Blanco y don José María Gutiérrez, por General en Jefe al Sr. Dn. José María Cañas, y a la cabeza de estas fuerzas el Presidente de la República don Juan Rafael Mora, Comandante General, don José Joaquín del mismo apellido y su Estado Mayor.

La jornada en este día fué hasta la Garita (Río Grande); el 5 a San Mateo Viejo; el 6 a Esparta, en donde permaneció el ejército hasta el 9 en que (según rumores) el enemigo trataba de invadir el territorio costarricense. Otro batallón marchó para Puntarenas, permaneció allí hasta la llegada, al siguiente día, del grueso del ejército, habiendo también marchado (por agua) de aquel puerto el Batallón Guardia, para Liberia, al mando del Coronel don Lorenzo Salazar y su segundo don Clodomiro Escalante.

Tan pronto como el ejército llegaba a Puntarenas era embarcado con dirección a Liberia, donde permaneció hasta el 18 en que el referido batallón Guardia se puso en marcha hasta el punto llamado *El Pelón,* de donde partió el día 20 al encuentro de una fuerza enemiga que efectivamente había invadido el territorio; y acampada y fuertemente parapetada en la hacienda nominada Santa Rosa, el indicado batallón la atacó vigorosamente a las 4 de la tarde de ese mismo día, obteniendo el completo triunfo sobre ella, después de media hora de un reñido combate y haciéndole 27 prisioneros, lamentándose sí, por parte de los costarricenses, la pérdida del señor don José María Gutiérrez, don Manuel Quirós, don Agustín Castro y otros oficiales, como también un considerable número de soldados. (Véase nota Nº 1).

Cuando esto sucedía, el grueso del ejército se hallaba en la ciudad de Liberia, y con noticia de aquel combate se mandó inmediatamente (a las 7 de la noche) un refuerzo de tropas al mando de don Federico Fernández; mas habiendo sabido en su tránsito el completo triunfo de los costarricenses, se acampó (en compañía del batallón Guardia que regresó) en El Pelón, de donde fueron remitidos a la ciudad de Liberia 19 de los prisoneros, pues los 8 restantes habían fallecido de camino a consecuencia de heridas recibidas en el combate.

El 22 fué formado en aquella ciudad un consejo de guerra para juzgar a aquellos prisioneros y, después de grandes dificultades por desacuerdos, oposiciones, etc., fué disuelto el 23 a las 5 ½ de la mañana *(previo dictamen de Asesores o jurisconsultos)* respecto a la oposición que enérgicamente hacía uno de los vocales. Los prisioneros fueron sentenciados al último suplicio (a pesar de haber el Comandante General garantizado, bajo su palabra, la vida de éstos), cuyo acto se ejecutó en el panteón de aquella ciudad a presencia del Ejército, a las 5 de la tarde del día 25. (Nota Nº 2).

A las cuatro de la mañana del 26 el ejército continuó su marcha y el 27, a las 4 de la tarde, acampó en Sapoá, donde permaneció 8 días, atribuyéndose tal demora a la casi total escasez de víveres; pues aunque oportunamente se habían tomado las providencias necesarias para evitar este caso, el individuo encargado de proporcionarlas, y previa anticipación que se le hizo de una considerable suma de dinero, abandonó por completo su deber, causando con ello graves privaciones al ejército y aún el general desarrollo de un fuerte *colerín,* que aunque parezca extraño hizo algunas víctimas.

En tan críticas circunstancias se tomaron nuevas providencias, a fin de que se remitiesen de Puntarenas, por mar, a San Juan del Sur, las provisiones de boca necesarias, y en consecuencia el 4 de Abril, a las 7 de la mañana y bajo las mismas privaciones, el ejército continuó su marcha, atravesó las fronteras, y se

cree que por impericia del nombrado *cuartel maestre* se vió el ejército obligado a caminar desde esa hora hasta las 2 de la mañana del 5, en que la vanguardia llegó a Peña Blanca donde permaneció todo ese día, tanto para esperar a multitud de individuos del ejército que no pudieron soportar tal jornada, quedando diseminados en el camino, cuanto por darle descanso y proveerle de algunos limitadísimos alimentos.

Al amanecer del 7 continuó la marcha, y mientras caminaba un trecho por la playa del Lago, el jefe filibustero William Walker, a bordo del vapor *Virgen*, a competente distancia observaba la marcha de él; acampando dicho ejército en la hacienda Santa Clara, a las 7 de la noche.

A las 11 de la misma, un batallón al mando del coronel Mora y sus segundos don Máximo Blanco y don Federico Fernández, marchó a San Juan del Sur con el objeto de apoderarse de aquel puerto; y poco después otro, al mando del Coronel don Alejandro Escalante (Mayor) y su segundo don Daniel del mismo apellido, marcharon también para La Virgen con igual misión.

Como a las 7 de la mañana del 8, el batallón dirigido a San Juan del Sur, después de aprisionar una avanzada enemiga en el camino del Tránsito y compuesta de 11 hombres, situado como a 1000 varas acá de la población o puerto, el segundo Don Máximo Blanco, desmontando de su caballo, al frente de las fuerzas y ordenando *paso al trote*, entró con ellas por sorpresa a la población, apoderándose repentinamente tanto de una pieza de artillería, que al frente del cuartel había lista para disparar en dirección a la entrada a otra población, como también fué tomado el mismo cuartel, guarnecido por 22 individuos de tropa (según informe) y otra pieza de artillería menor; pues la primera era de a 12. De estos individuos fueron tomados 5, y 22 al siguiente día al General en Jefe en Rivas. (Nota A).

A igual hora próximamente, el batallón dirigido a la Virgen hizo también su entrada, aunque no de igual manera, pues el Comandante de él mandó romper el fuego sobre la tranquila población, y por el desorden de uno de los soldados (Jiménez) de San Juan del Murciélago, perteneciente al batallón, resultó herido por los mismos compañeros, y a quien en el acto se le remitió a Santa Clara, donde los cirujanos del Ejército le amputaron la pierna. Igualmente aquel comandante mandó pegar fuego (incendiar) por vía de precaución, el muelle, cuyos procedimientos trajeron al Gobierno serios conflictos.

En la mañana de ese mismo día 8, el grueso del ejército siguió su marcha con dirección a Rivas, donde llegó a las 12 del día. A las 8 de la mañana del 9, se vió entrar al puerto (San Juan del Sur) una lancha, *La Mariana*, en cuyos momentos se colocó una escolta de 25 hombres, al mando del ayudante don Jacinto García, en el *Pontón* (buque varado que servía de muelle); se distribuyeron 12 guerrillas, y tomadas las medidas conducentes, ya fondeada la lancha, dos embarcaciones menores tripuladas con soldados, simuladamente y al mando de don Federico Fernández, la hicieron prisionera junto con sus 5 tripulantes (2 extranjeros y 3 nicaragüenses); como también se apoderaba de lo que ella contenía (unos pocos rifles *Mississippi*, pólvora, algunos víveres, puros, etc.), que según información seguida traía para la guarnición de aquel cuartel. Tres de estos tripulantes fueron remitidos a Rivas y la lancha desmantelada fué puesta en tierra.

Una orden del día exigió de los habitantes de aquel puerto entregar en la comandancia, en clase de depósito, tanto las armas de fuego nacionales, como las particulares, lo cual se efectuó.

El mismo día 9 se tomó en las cercanías de la población a un norteamericano fugitivo de Santa Rosa, el cual fué fusilado en la misma población. A las 7 de la noche del día 10 se recibió una nota en que el General en Jefe, en Rivas, llamaba al Coronel Mora, junto con parte de su Estado Mayor, a aquella ciudad, indicando que era con el objeto de celebrar un Consejo de Campaña, y al efecto a las 4 de la mañana partió para aquella ciudad el Coronel Mora, junto con sus ayudantes don Jacinto García y don Alejandro Cardona, cirujano don Andrés Sáenz, Capellán presbítero don Pedro Cambronero y ordenanza Don Jacinto Quirós. Al llegar estos individuos a la plaza Santa Ursula, orillas de la ciudad y como a las siete de la mañana de ese día 11, un repentino tiroteo de fusilería y algunos disparos de cañón y el silbido de las balas que por sobre ellos pasaban, les hizo comprender que un rompimiento o combate se estaba efectuando.

Precipitaron su marcha los ayudantes dichos (previo permiso) y el Capellán Cambronero, y ya en la ciudad se impusieron de la certeza de aquella batalla. Internados y llegados al Estado Mayor, o Cuartel General, fueron en el acto ocupados en aquella lucha, cuyos pormenores se relacionaban así.

A las seis de la mañana de ese día, un individuo nicaragüense (del pueblo) se presentó agitadamente en el Cuartel General, manifestando que le urgía mucho hablar con el señor Presidente, a cuya iniciativa se le presentaron los señores don Luciano Peralta (ayudante o edecán del Presidente), don José Mendoza y don Emilio Segura (agregado al Estado Mayor) e interrogándole lo que se le ofrecía, aquél les anunció: que los filibusteros venían sobre ellos en cantidad de 600 y por el rumbo... camino de...

Mas a tal aviso correspondieron aquellos individuos con una dura mofa y desprecio; el nicaragüense resentido, se retiró.

Poco rato después una mujer, con aspecto de *verosímil* y también agitada, llegó al mismo cuartel dando la misma noticia, pero indicando rumbo opuesto al del primer noticiador.

Impuestos de ello los Jefes y dando el más completo crédito a tal aviso, dispusieron en el acto que 100 hombres fueran al encuentro del enemigo por el rumbo mencionado.

En efecto, aquel ejército partió; mas después de caminar como mil varas, el enemigo por el lado opuesto entró a la ciudad en número de 600 (según dichos no certificados), marchó sobre el Cuartel General, donde sólo estaba el Estado Mayor, el Presidente, el Comandante general, los edecanes y un pequeñísimo número de tropa, llevando al frente a un genral cubano cuyo nombre no se supo, cargando aquella tropa las mismas insignias que la costarricense, marchando a vanguardia soldados nicaragüenses y seguidos por extranjeros o norteamericanos, gritando *Vivas a Costa Rica y mueras* a los filibusteros, en cuyo procedimiento fomentaban más, en la mente de los Jefes costarricenses, la creencia que abrigaban de que eran fuerzas que venían en su apoyo. Así fué que sin estorbo alguno, el enemigo logró llegar hasta las puertas de aquel Cuartel; mas hallándose en la mis-

ma esquina una batería de dos cañones, uno de llave o martillo y otro menor de cazoleta, de cuya batería era Comandante el Capitán don Mateo Marín con su oficial don José María Rojas, y en los momentos de entrar el enemigo al Cuartel General, el referido oficial Rojas, habiendo extrañado o desconocido a aquel jefe y su tropa y observando a los filibusteros en aquellas filas, gritó *¡¡el enemigo!!*, disparó su fusil sobre el general cubano quien cayó muerto, y propagada así la alarma, se declaró y estableció el combate y los reñidísimos esfuerzos del enemigo por entrar al Cuartel General, y gritando: "¡12,000 *pesos por las cabezas de los Moras!*"

Aquellos Jefes y su reducido número de tropas sostuvieron heroicamente aquellos esforzados ataques arma en mano y defendieron con energía las puertas de el Cuartel evitando la entrada del enemigo; mientras tanto y por todo el tiempo que, llamado por la alarma del tiroteo, regresó velozmente el ejército que había salido al encuentro del enemigo. Sea de advertir: que aunque las piezas de artillería, cargadas y en disposición de maniobrar, en aquellos momentos, con un efecto tal vez decisivo contra el enemigo en desordenado tumulto, no sirvieron de otra cosa que de aumentar terriblemente las desgracias de los costarricenses, pues el Comandante de ellas, aturdido o inexperto, dió repetidos tirones a la cuerda del cañón de llave para disparar sobre el enemigo, mas se olvidó de montar dicha llave o martillo, por lo cual la cuerda se reventó y el enemigo pudo caer sobre dicha pieza, clavó o inutilizó la pequeña, y usando debidamente de la mayor hizo algunos disparos sobre el ejército que regresaba, causando con ello los gravísimos daños que eran consiguientes.

Una vez regresado el ejército tico, se estableció un reñidísimo combate, en el cual por dos veces fué rechazado el enemigo a 200 varas del Estado Mayor y dos veces acometió y avanzó hasta cerca de aquel punto; mas no pudiendo lograr su intento y rechazado con mayor energía, se encerró en un edificio sólido y espacioso llamado *El Mesón,* claraboyó sus paredes y sostuvo un continuado mortífero fuego de fusilería, pues las piezas de artillería fueron recuperadas por los costarricenses. En este estado se dispuso sitiar al enemigo, para cuyo cerco se comisionó al Coronel don Juan Alfaro Ruiz, tratándose seguidamente de incendiar aquel edificio *(El Mesón)*. Mientras tanto, y notándose considerablemente las bajas sufridas en las filas de los costarricenses, el Comandante General ordenó a los ayudantes García y Cardona partiesen para San Juan del Sur, a llamar al segundo Comandante don Máximo Blanco, con la fuerza (300 hombres) que allí había, haciendo al mismo tiempo igual llamamiento a las de la Virgen. Temprano de la noche estas fuerzas (primero las de San Juan) entraron a Rivas y se ocuparon en reforzar aquellas filas. El fuego se sostenía muy débilmente y sin efecto, por ambas partes, pues de la de los sitiadores sólo se esperaba el que causara el incendio del Mesón, que después de varias infructuosas y lamentables tentativas por pegarle fuego, se obtuvo por el afortunado Juan Santa María, vecino de Alajuela, cuyo incendio tomaba continuadamente mayores proporciones.

A las 2 de la mañana del 12, un grandísimo estruendo, causado por el hundimiento de la mayor parte del techo del edificio incendiado, trajo por consecuencia una general y continuada descarga de fusilería del enemigo y contestada de

igual manera por los de Costa Rica, la cual duró como un cuarto de hora: véase lo que la causó.

Desalojado (por el incendio) el enemigo de aquel edificio y tratando de la fuga de él, dispuso el caudillo W. Walker, que allí estaba, llamar la atención de los costarricenses hacia aquel punto, para que descuidasen un tanto el sitio por el rumbo camino a San Jorge, que precisamente había sido descuidado al establecer el sitio.

Así fué que en medio de tan vivo tiroteo aquel caudillo huyó con su Estado Mayor y gran número de sus predilectos. El fuego cesó casi del todo y a las 8 de la mañana del mismo 12 un centinela costarricense gritó: *¡El enemigo en la Plaza!* En este acto, y sin esperar orden alguna, se vió inundadas las calles de las tropas costarricenses que corrían para otra plaza donde destrozaron completamente al enemigo, sin que quedasen vivos más que 14 individuos defendidos por el mismo Comandante General y General en Jefe, con el objeto de que declararan sobre puntos interesantes (Nota B.). En efecto, prisioneros y atados separadamente, se les tomó declaración sobre puntos de grande conveniencia, siendo uno de ellos la suerte o residencia en aquellos momentos de su Jefe (Walker), siendo éstos quienes declararon la estrategia antes mencionada para la fuga de él y su dirección a San Jorge.

Con este motivo el General en Jefe partió en el acto, con un respetable cuadro de oficiales montados, con dirección a aquel punto y en persecución de aquel caudillo; mas llegado que fué e impuesto de lo inútil de sus pretensiones, según informes allí obtenidos, regresó a Rivas sabedor de que aquel caudillo se había embarcado en el vapor *San Carlos*.

A las 11 del mismo, habiéndose recibido parte (aviso) de San Juan del Sur de que un buque entraba en aquel puerto con refuerzo de tropas y elementos de guerra para el enemigo, se ordenó la marcha de una fuerza de (200 hombres), al mando del mismo Coronel Mora, quien con sus mismos ayudantes y su segundo don Máximo Blanco, partió para aquel punto. Efectivamente, se distinguió a lo lejos aquella nave y se supo que, al fondear en el puerto, una señal hecha de tierra le anunció que debían regresar, y que en efecto lo hizo, dirigiéndose a Corinto (según informes). Mientras esto sucedía y esperándose el buque *Telembí* con los víveres pedidos desde Sapoá y un refuerzo de tropas, para continuar la marcha más al interior de aquella República, un acontecimiento digno de mencionarse tuvo lugar por Sarapiquí. Enviada de la capital por aquel punto una fuerza de 200 hombres al mando de don Faustino Montes de Oca, y su segundo don Joaquín Fernández, con el objeto de impedir la introducción de refuerzos y elementos de guerra, por aquel punto al enemigo, y teniendo noticias aquel Jefe de que un vaporcito, el *Bulwer,* fondeado en la Trinidad, era el que hacía aquellos oficios, formó su plan o proyecto para capturarlo, lo cual de una manera bastante arriesgada efectuó apoderándose de él y su contenido, como también despojándolo de la bandera que de su nacionalidad (N. América) tenía enarbolada, conduciéndolo a remolque hasta el muelle llamado San Rafael, donde permaneció detenido junto con sus tripulantes y elementos, hasta que el Gobierno dispuso lo que creyó conveniente. Este vaporcito sirvió en el año siguiente a las fuerzas de Costa Rica

en aquel río en su segunda expedición a Nicaragua (Nº 3). La bandera capturada y algunos rifles, fueron depositados como trofeos en la sala de Banderas del Cuartel Principal, poniendo aquélla en un camarín, siendo en ese tiempo Guarda parque o ayudante de él el Capitán don Ramón Solano.

El 16 de Abril ocurrió en Rivas con gran alarma el primer caso del Cólera morbo o Asiático, en un soldado costarricense, propagándose terriblemente.

El 18 atacó en San Juan del Sur, y como primer caso allí, el centinela Juan Borbón, y tomó las mismas espantosas proporciones. (El atacado en Rivas fué José María Quirós, de la Soledad, San José).

El 22 el General en Jefe, por medio de una nota al Coronel Mora, le ordenaba: que en el acto que llegase el buque *Telembí* hiciera botar al agua el cargamento de víveres que llevara, a fin de practicar inmediatamente el embarque de elementos de guerra que de Rivas se remitían, desde aquel mismo día, juntamente que con los heridos que también se le remitieran, apresurando así la marcha en retirada del Ejército, azotado terriblemente por la epidemia.

El 23 en la mañana, el Presidente Mora, el Comandante don José Joaquín, sn Estado Mayor y gran número de oficiales marcharon para Costa Rica, y al amanecer del 25 fondeó en San Juan del Sur el *Telembique,* llegando en esa mismañana de Rivas varios carros que conducían heridos y elementos de guerra, juntamente que con otra nota en que se repetía la misma orden anterior.

En efecto, se dió principio al desembarque (botando al agua) las provisiones, y embarcando con la actividad del caso el armamento y heridos; mas hallándose el Coronel Mora enfermo en cama, y confiada esta operación a sus ayudantes, éstos sin interrumpir la celeridad de ella y en conocimiento de la total carencia de alimentos que el ejército sufría, tanto más en su retirada por puntos desiertos y sin auxilio de ninguna especie, creyeron indispensable desembarcar algunas provisiones, al regreso de las embarcaciones a bordo, lo cual se practicó, logrando poner en tierra una considerable o suficiente cantidad de ellas, para lo cual se nombró depositario y proveedor al Teniente don Sinforoso Zamora con la custodia debida.

En la tarde de ese mismo día, una nota dirigida al Coronel Mora le ordenaba: que dispusiera la marcha de aquella fuerza, a fin de que se juntase con la que de Rivas debía salir al siguiente día, 26, (esto es, el grueso del ejército), debiendo permanecer en aquel puerto, tanto el referido coronel Mora como algunos pocos individuos hasta practicar totalmente el embarque ya dicho.

Tanto el día 25 y la noche (en su mayor parte) como el 26, se trabajó sin descanso en aquella operación. Al mismo tiempo y previo aviso a los Jefes y Oficiales que venían de Rivas, un gran número de soldados, oficiales, etc., llegaban a San Juan para conducir cuantos víveres podían a sus compañeros en el camino del Tránsito, donde esperaban, igualmente que las fuerzas que el día señalado partieron de aquel puerto. Hecho el racionamiento al Ejército se procedió por el proveedor mencionado a la venta de los víveres sobrantes en tierra, recibiendo aquel producto el ayudante García, con lo cual se hicieron los gastos del viaje de los individuos que allí quedaron, como también en auxiliar de camino a multitud de enfermos necesitados, entregando en Puntarenas al Coronel Mora un pequeño sobrante.

Efectuada la marcha de las fuerzas de San Juan, como a las 3 de la tarde del 26, quedando allí solamente el Comandante, sus ayudantes dichos, el presbítero Cambronero, el Teniente don Desiderio Alpízar, el corneta... Villarreal y los ordenanzas señores Jacinto Quirós y Vicente Fábrega, y concluído el embarque ordenado, el buque *Telembique* marchó a las 7 de esa noche y los individuos mencionados, listos para marchar en esa madrugada, se entregaron al descanso. Mas a las 9 de la noche, por una carta dirigida por don Evaristo Carazo al Coronel Mora, de su hacienda *El Jocote*, le avisaba que una fuerza enemiga se dirigía a aquel puerto a tomarlos; por lo cual inmediatamente dispusieron su marcha por el único punto posible (el camino del Tránsito); mas al practicarlo vieron que el Barón Bülow, que allí también estaba como Ingeniero del ejército, habiendo sabido antes aquella noticia, se apoderó él y sus compañeros de las bestias que aquéllos tenían listas y partieron en ellas.

En tan crítica situación, el ayudante García, por medio de los productos de los víveres vendidos, hizo armar y preparar la lancha *Mariana*, bastante averiada e incapaz de contener a todos los individuos enunciados, agregándose además un piloto (Juan Bta. Rabasquino) y dos marineros (Paul Ferté y Agustín Lefevre) contratados en esos momentos; y botadas al agua con las provisiones necesarias y el *pequeño cañoncito tomado en el Cuartel*, emprendieron la marcha a las 11 de la noche.

Al doblar el cabo de la Bahía, y como una hora después, una estrepitosa gritería en el puerto y una total iluminación de las casas, hizo comprender a los de la lancha que era la llegada de enemigo anunciada, como efectivamente lo era, según informes recibidos en la Playa de las Salinas, donde éstos saltaron en tierra por un corto rato.

Continuando la marcha en la *Mariana*, una fuerte tempestad en el Papagayo, frente a Morro Hermoso y como a las 4 de la tarde la desmanteló, quebrándole los árboles y arrojándolos al agua junto con las velas, rompiendo el timón o gobierno, etc., etc., en cuyo aflictivo lance y creyendo el piloto Rabasquino absolutamente inevitable el naufragio, se entregó al más grande abatimiento y desconsuelo, abandonando por completo sus deberes, sin que las amenazas hechas (revólver en mano) por uno de los tripulantes y a presencia de todos, le hiciesen volver a tomar su puesto; mas como un acto supremo, en tal situación, el ayudante Cardona ocupó el lugar de aquél y con más buena suerte que inteligencia en el arte, pudo, gracias también a su inalterable carácter y con los esfuerzos también de Lefevre, salvar a los tripulantes de aquel naufragio. En tan críticos momentos, el ordenanza del ayudante García (Vicente Fábrega) fué atacado allí mismo del cólera, expirando en el más completo contacto con ellos y sobre los víveres, como a la una de la mañana del 28, arrojando su cadáver al agua junto con los víveres y demás objetos de a bordo.

Al amanecer, y haciendo esfuerzos por llegar a tierra, se divisó *un buque* que se dirigía hacia la *Mariana*, y llegado que fué a competente distancia, el capitán, por medio de una bocina, hizo comprender a los de la lancha que era *el capitán Iriarte, quien en aquel buque (La Dominga Morales) conducía desde Puntarenas para San Juan del Sur un refuerzo de tropas (600 hombres) costarricenses.* El Teniente don Ezequiel Herrera iba en estas fuerzas. Esot sucedió después de

impuesto él que los de la lancha eran costarricenses también. Conoció la triste y peligrosa situación de éstos, de quienes también recibió la primera noticia de la retirada de las fuerzas de Rivas y el motivo que la ocasionó (la epidemia), pues aseguró dicho capitán que hacía 7 días había salido de Puntarenas y que una fuerte tempestad (la misma que la *Mariana* había sufrido) le había causado tal demora.

Este capitán auxilió con una pequeña ración de víveres a los de la lancha; les instruyó la manera cómo debían arrimar a tierra y desembarcar a todo trance, negándose sí a recibirlos en el buque, por fundado y justo temor del contagio de la epidemia. Con la noticia de la retirada del ejército costarricense, el capitán Iriarte regresó a Puntarenas. Los de la *Mariana* lograron desembarcar en un punto totalmente desconocido e intransitado; y después de ordenar al piloto y marineros una ligera reparación a la lancha y continuar en ella a Puntarenas, a fin de no abandonarla y perderla, marcharon a pie por la montaña hasta las 7 de la noche, que llegaron por casualidad a unas salinas (de Barco Quebrado), donde fueron bien recibidos y obsequiados por los salineros. Al siguiente día siguieron su marcha hasta llegar a Santa Cruz a las 5 de la tarde. De allí a Bolsón y seguidamente a Puntarenas, en donde contaron lo de la lancha y sus marineros. Pocos días después, la *Mariana* entraba en aquel puerto, fué reconocida desde la Capitanía, y al entrar y fondear en el Estero y enarbolada la Bandera Nacional, se le hizo de tierra un saludo con el disparo de un cañón. Entusiasmado con este honroso hecho, el piloto Rabasquino quiso contestar con el disparo de otro tiro, con el *cañoncito* que los ayudantes mencionados habían embarcado en San Juan del Sur; mas al efectuarlo Rabasquino, el tiro salió inesperadamente, arrancándole el brazo derecho y arrojándolo en pequeñas partículas sobre la Aduana, donde fueron recogidas. (Nº 4).

Este piloto fué puesto en esmerada curación, pensionado por el Gobierno, colocado en un destino y tres años después se remitió a su país, Montevideo (Uruguay), según él decía, aunque era de nacimiento italiano.

Paul Ferté murió en la travesía a Puntarenas y Agustín Lefevre, que acompañó a Rabasquino, internó a la capital, vivió en ella, en las provincias y algunos pueblos por varios años, y hoy, según datos oscuros, existe en el Departamento (Liberia).

De la oficialidad josefina de aquella jornada, existen hoy:

Gral. don Próspero Fernández
Don Máximo Blanco
" Egidio Durán
" Federico Fernández
" Mateo Mora
" Santiago Millet
" Juan Manuel Madriz
" Sinforoso Zamora
Don Alejandro Cardona (Ayudante)
Don Juan M. Castro
" Toribio Mora
" Ramón Otárola (Sargento)
" Joaquín Rojas
" José Ana Bareta (id.)
" Andrés Sáenz (Cirujano)
Presbo. D. Pedro Cambronero (Capellán)
" Jacinto García (Ayudante)

J. García
(1884)

NOTAS

Nº 1.—Las fuerzas enemigas en Sta. Rosa las comandaba el Gral. filibustero Schlessinger.

Nº 2.—Este consejo de guerra fué compuesto de los S. S. Coronel Don Salvador Mora (Presidente), Coronel Don Juan de Dios Céspedes (Fiscal), Don Mateo Mora (oposicionista a la fusilación, en cuya oposición se sostuvo hasta salvar su voto).

Vocales: Don Valentín Castro, Don Julián Echandi, Don Manuel Esquivel (p), Don Daniel Escalante, Don Tomás Herrera.

Nº 3.—Capturado el *Bulwer* y caminando a remolque una balsa con tropas costarricenses, se encontró con él sin saber su captura; la sorpresa les hizo tirarse al agua, ahogándose todos, y conociéndose sólo entre éstos, al oficial Luiz Zeledón y a Juan Méndez, de San José.

La poza que en aquel río, y al frente del sitio Peñas Blancas, se conoce con el nombre de *La poza de los Ahogados;* trae de allí el origen de su nombre (según tradiciones).

Nº 4.—El hecho desgraciado de Rabasquino lo referían algunos diciendo "que celebrando el aniversario de la Independencia, el 15 de Septiembre en Puntarenas y usando del cañoncito a bordo de la *Mariana,* tuvo lugar tal acontecimiento. Mas esto no tiene apoyo alguno, pues aquella ancha no estaba en uso, ni Rabasquino empleado de ella. El que esto escribe estaba en el exterior en esa época.

A.) Este hecho fué así: A una milla del puerto había una avanzada, que es de la que se habla; informado el Comandante del Batallón de ello, como a 400 varas antes de llegar a aquella avanzada enemiga, mandó al batallón hacer alto, y ordenó a los ayudantes García y Cardona fuesen *solos* a intimarle rendición. Mas al partir éstos, el segundo don Máximo Blanco detuvo a los ayudantes y desmontando de su caballo, mandó a la fuerza preparar (esto es, quitar papeletas y al paso trote, más bien a la carrera) al frente de otra fuerza y a la par de los ayudantes, cayó sobre la avanzada por sorpresa, cuyos individuos que corrían sobre las armas, no tuvieron tiempo para tomarlas y fueron como queda dicho, reducidos a prisión.

Acto continuo y de la misma manera, siguió sobre el puerto, ocupándolo como queda dicho. (La orden que el Comandante dió a los ayudantes fué reprobada por el segundo, por lo cual procedió así. Tal fué y es la creencia del que esto escribe).

N. B.)—En este mismo día se fusiló (por la espalda) en Rivas, al oficial nicaragüense Agapito Rivera, por traidor al Gobierno o fuerza de Costa Rica.

JTO. GARCÍA